

JAVIER REVERTE

Colinas que arden,  
lagos de fuego

NUEVOS VIAJES POR ÁFRICA



«Volver a las colinas, las praderas, los bosques y los lagos del este de África, después de varios años de ausencia, acelera los latidos del corazón y renueva los fluidos del espíritu. Además de eso, recorrer a pie alguno de sus senderos, igual que lo hicieron los antiguos exploradores, resulta tan emocionante como diferente a otro tipo de viaje. Caminándola, se percibe mejor la esencia de África, que no es otra que la esencia misma de la palabra ¿aventura?».

Diez años después de publicarse *Los caminos perdidos de África*, Javier Reverte regresa con *Colinas que arden, lagos de fuego*. Las escalas de este nuevo viaje narran su paso por el fantasmal lago Turkana, en el norte de Kenia, por el Tanganika, en Tanzania, o Chitambo, la pequeña aldea de Zambia donde murió David Livingstone y quedó enterrado su corazón. Javier Reverte, maestro de la literatura de viajes en lengua española, nos relata con una prosa muy personal y alejada de tópicos, su reencuentro con los habitantes y paisajes del África de nuestros días, salpicándolos con pinceladas del pasado del continente negro, del colonialismo europeo y la edad de las exploraciones. Sin caer en el patetismo o la blandura, el autor recoge la cara y la cruz, las sombras y las luces de un continente tan sufrido como hermoso. El humor, la ternura, la épica y la sensualidad se mezclan en este extraordinario libro de viajes de la mano de un escritor inimitable que se ha ganado el afecto de miles de lectores.

*A mis compañeros de los paseos africanos  
que aquí se relatan  
Paulino de la Fuente, Manuel Herrero, Eduardo Martí-  
nez,  
Juanra Morales, Eduardo Riestra, Manel Vaqué,  
mi hermano Jorge y mi hijo Ismael*

Me dicen que hay personas a las que los mapas les dejan fríos y me cuesta creerlo.

ROBERT LOUIS STEVENSON,  
en unas reflexiones a propósito de  
*La isla del tesoro*

## Prólogo

Volver a las colinas, las praderas, los bosques y los lagos del este de África, después de varios años de ausencia, acelera los latidos del corazón y renueva los fluidos del espíritu. Además de eso, recorrer a pie alguno de sus senderos, igual que lo hicieron los antiguos exploradores, resulta tan emocionante como diferente a otro tipo de viaje. Caminándola, se percibe mejor la esencia de África, que no es otra que la esencia misma de la palabra «aventura».

No lo digo en vano. Viajar en largas jornadas de marcha, durmiendo en campamentos al aire libre, o al arrimo de un *kraal*, o *manyatta*<sup>[1]</sup>, se te antoja libre y sensual al tiempo que despierta tus temores infantiles. Durante el día, caminas pegado a los olores de la tierra, escuchando el jadeo y las sonoras ventosidades de los animales de carga; cruzas cerca del trote de las bestias salvajes, siguiendo las mismas sendas que ellas o adaptado al paso de los camellos en los cauces de ríos secos, esos *lugga*<sup>[2]</sup> que los campesinos y ganaderos samburu, kalenjín o masai<sup>[3]</sup> recorren en busca de agua o hacia un mercado en donde vender sus reses; y descansas a duras penas, durante la noche, próximo a los rugidos de los felinos y a los chillidos histéricos de las hienas, con duermevelas que te hacen imaginar el jadeo de una fiera cerca de tu garganta. Viajando de tal guisa, gozas de África en estado puro, con asombro y temor al mismo tiempo, disfrutas de un África a la medida humana.

Además de eso, volver después de un largo tiempo de ausencia a las Tierras Altas de Kenia y Tanzania, que tantas veces recorrí en tren y en autobús años atrás, me ofrecía la

sensación de que regresaba a una época más joven de mi vida. Quizá porque allí, a 1800 metros de altura, el aire es libre, dulce y fresco, y extrañamente huele a tormentas venidas de los océanos, como en los días de mi niñez en el campo madrileño. El horizonte, bajo la luz del sol cegador y en las proximidades del Ecuador, se vuelve en esas tierras azul y acuoso: no hay otro color o cualidad para las grandes distancias.

En buena parte, a diferencia de los viajes que realicé en solitario años antes, en estos últimos me moví casi todo el tiempo unido a grupos de amigos que yo mismo elegí. Fue una experiencia nueva. Y además, necesaria. Porque, para caminar por África, precisas de compañía. Y también de ayuda, de asistentes que hagan el trabajo de cargar los equipajes, organizar las comidas y las acampadas, y atinar con los rumbos correctos que un escritor urbanita como yo no es capaz de localizar. También, en los senderos africanos, necesitas camellos o coches para trasladar los utensilios de cocina y los pesados fardos con que levantar a la atardecida el campamento.

En fin, había una tercera razón para ir en grupo: que durante años, varios buenos amigos y algunos familiares me venían pidiendo organizar con ellos un viaje por África. Y yo no he aprendido todavía a decir que no a la gente que quiero.

Pero no sólo hubo caminatas, sino también esos maravillosos recorridos en autobuses populares, los *matatu*, o en cálidos trenes atiborrados de gente curiosa y hospitalaria y, cómo no, en los viejos transbordadores que cruzan los ríos y los lagos africanos. ¡Ay, esos barcos carcamálicos y repletos de pasajeros que muy pronto desaparecerán!

Espero irme del mundo antes que ellos, a tiempo de no tener que llorarlos en un triste funeral.

El viaje que recojo en este libro en realidad son dos. El primero de ellos me llevó, junto con otros cinco amigos, desde Nairobi hasta el lago Turkana. Y en el segundo, con otros siete compañeros, a cubrir la ruta entre Dar-es-Salaam y el lago Tanganika. Viajes, pues, de colinas y llanuras calcinadas por el sol y de superficies lacustres cuyas aguas parecían hervir. Viajes de polvo y sudor, de euforia y miedo. Viajes de alegre camaradería casi infantil. Viajes, en suma, inolvidables.

La primera parte de este texto cubre el recorrido que realicé por las geografías del norte keniano en un tiempo difícil. Finalizaba el mes de enero de 2008 cuando emprendimos la marcha y, desde algo más de un mes, el oeste de Kenia y la misma Nairobi vivían tiempos de revolución y de matanzas. En las proximidades del lago Victoria, en los alrededores del lago Nakuru y en algunos suburbios de la capital, los policías mataban a los revoltosos a tiros y los revoltosos incendiaban los coches y las comisarías de la policía. Mientras tanto, los kikuyu, la etnia dominante en el país y monopolizadora del gobierno desde los días de la independencia, combatían a machete y a flechazos en numerosas aldeas contra los kalenjín y los luo, dos de las etnias apartadas de todos los privilegios del poder desde el tiempo de la independencia. El país era un airado festival de sangre y los amigos y los familiares nos aconsejaban que suspendiésemos el viaje que llevábamos un par de meses preparando.

Pero fuimos. Y disfrutamos de una singular situación: apenas había en el país otros turistas que nosotros. De modo que los precios eran risibles, casi todos los hoteles estaban vacíos y en los parques y en los caminos kenianos no encontramos más que unos pocos blancos. Creo que incluso los leones se daban un respiro y se relajaban descansando del agobio del turismo, de esos mirones que van en co-

che y no les dejan cazar, comer, defecar y aparearse a su gusto. Por supuesto que evitamos pasar por cualquier región en estado de guerra. Se puede ser algo inconsciente, pero no completamente estúpido.

Comenzamos nuestro viaje en coche desde Nairobi y, tras acampar en las faldas del monte Kenia, la montaña sagrada de los kikuyu, nos desplazamos por carretera hasta la ciudad de Mararal, que fue hogar, durante unos cuantos años, del famoso británico Wilfred Thesiger, un aristócrata inglés no exento de mérito que se bautizó a sí mismo, con cierta pretenciosidad, como «el último explorador». Desde allí emprendimos nuestra marcha a pie, apoyados por camellos y coches, a través de territorio samburu, por los valles que forman los cauces secos del río Milgis y sus afluentes, una sabana trazada de *lugga* que son como cicatrices en la tierra rojiza, cubierta por ralos bosques de acacias de espinos. Avanzábamos en jornadas de seis o siete horas, al pie de las calcinadas cordilleras de los Ndoto y los Matthews, aisladas regiones por donde señorean bandas de pokot, irreductible etnia de cuatrerros a la que no consigue domeñar el gobierno central de Nairobi y que es temida por todas las otras etnias locales a causa de su carácter belicoso. Son territorios de históricas luchas durante el período colonial y hoy campos sin ley, repletos de animales salvajes, en donde casi todo el mundo va armado de viejos fusiles o de Kalashnikovs. Un escenario de aventura y primitivismo como hay pocos en el África de nuestros días.

Desde el pueblo de South Horr, un hermoso lugar adonde llegan limpios ríos de montaña, seguimos viaje a bordo de dos todoterrenos, acampando siempre al aire libre, hasta el lago Turkana, uno de los escenarios más extraños del planeta y quién sabe si del universo. Es un lugar desolado, expuesto a vehementes vendavales de aire ardiente y en donde apenas crecen unos pocos árboles, sobre un suelo

sembrado de piedras negras de origen volcánico. Resulta insólito que haya gente que pueda sobrevivir junto a las riberas de ese lago de aguas esmeraldinas plagado de cocodrilos. Y sin embargo, en sus orillas levantan sus poblados los pescadores turkana, una etnia tan miserable como guerrera. Niños desnutridos y ancianos de bocas desdentadas se arriman al viajero en demanda de limosna con las miradas desesperanzadas.

Desde allí regresamos, en dos jornadas de viaje en coche, al caos de Nairobi, con la ciudad envuelta aún por la atmósfera de los desórdenes, las matanzas entre las etnias kenianas rivales y los principales partidos políticos enfrentados en forma aparentemente irreconciliable. Pese a todo, después de los días pasados en los territorios salvajes del norte, Nairobi nos pareció a los viajeros un amable escenario urbano.

El siguiente recorrido nos llevó a un grupo de siete amigos y familiares a Tanzania, el país que más amo de África, casi un año después. Partiendo de Dar-es-Salaam, la desbaratada capital tanzana, viajamos en coches hasta el parque de Selous, el escenario de naturaleza más bravía del continente, de un tamaño casi igual al de Suiza, lo que le convierte en el mayor parque africano. Recorrimos una buena parte de Selous caminando, como en el viaje del año anterior por el norte de Kenia. Y dormimos al aire libre, en grandes tiendas de campaña, en algunos de los escenarios más salvajes y hermosos que he contemplado en mi vida.

De Selous seguimos viaje hacia el norte, a las ciudades de Morogoro y Dodoma, con la intención de alcanzar Kigoma, a las orillas del Tanganika, en tren. Pero nuestros planes se torcieron, no sé bien si por las oscuras intenciones de nuestro guía local o porque el ferrocarril tanzano es poco fiable. Ya lo contaré más adelante. De modo que hubimos de seguir en coche, dando un enorme rodeo de más de mil

kilómetros, para alcanzar el lago Tanganika por el sur, en el pequeño puerto de Kasanga. Allí logramos llegar a tiempo para embarcarnos en la aventura que era el objetivo principal de nuestro viaje: navegar, a bordo del legendario transbordador *Liemba*, las aguas del lago Tanganika. Fue una experiencia inolvidable para todos.

El viaje concluyó para la mayoría de mis compañeros con unos días de descanso en Zanzíbar. Por mi parte, continué con uno de ellos viaje en el tren *Tazara*, desde Dar-es-Salaam hasta Zambia, para visitar el lugar en donde murió el explorador David Livingstone y en el que, por propia voluntad, fue enterrado su corazón.

Al comenzar a escribir este nuevo libro africano, con mi cuaderno de viaje abierto en el atril a la izquierda de la pantalla del ordenador, regresan de pronto los olores de África: los del polvo del camino que se agarra a tus narices, el sudor de los viajeros y los asistentes africanos, los mares de hierba, las flores de los magnolios, las ventosidades de los camellos, los detritus de los barrios miserables de las ciudades, los establos y los departamentos de tercera de los trenes y los transbordadores, el spray desinfectante con que se rocían los autobuses atestados de viajeros, el gasoil de los motores de los viejos todoterrenos, los mercados de pescado, las frutas y las algas de la bajamar.

Y si cierro los ojos por un momento, veo la sombra oscura del ferry *Liemba* acercándose al puerto de Kasanga, como surgido de la oscuridad de los siglos, y el grupo de camellos conducidos por el samburu Ernest a través de los *lugga* del Milgis, y la hilera de chavales y muchachas que intentan vender como sea, suplicando casi, sus frutas y cacahuetes a los pasajeros del tren, en una de las paradas del recorrido entre Tanzania y Zambia.

Oigo las voces de los vendedores y de los pasajeros del barco y de los niños zanzibariés que van a jugar con los tu-

ristas a las playas del Índico y los aullidos de las hienas y los gruñidos de los hipopótamos en las noches de Selous. Noto en la piel la caricia del aire de África como si fuera una mano invisible cargada de sensualidad. Y regresa a mis labios el sabor de la cerveza caliente bebida en la terraza de un chiringuito del camino donde flota polvo rojizo bajo la calima del mediodía.

África te conquista por los sentidos. Y su sensualidad regresa cuando escribes sobre ella.

No hay nada que excite más el alma que los preparativos de un gran viaje, la sensación de que vas a irte, la inquietud que te produce lo incierto, la ignorancia de lo desconocido, la nostalgia de lo nunca visto, la lejanía que te espera, el misterio de la palabra «partir», y todo ello unido a la euforia que produce cualquier aventura por muy pequeña que sea. Nada hay como el abandono de la costumbre y del hogar, el desdén de lo confortable, la ruptura con la monotonía del existir.

Ya decía Cavafis que, cuando emprendas un viaje, debes pedir que el camino sea largo. Y el sabio Shakespeare juzgaba que el hombre es más feliz cuanto más lejos se encuentra de su hogar. Por su parte, nuestro discreto don Miguel de Cervantes afirmaba, en boca de don Quijote, que nunca es tiempo mal gastado el que se emplea en viajar por el mundo.

De modo que cierras tu mochila, te la echas al hombro y ya no eres tú, sino un ser nuevo que nace dentro de ti y al que conoces todavía muy poco.

Cualquier día es bueno para partir y sentir que, de nuevo, nos volvemos jóvenes.

¡Salud y aventuras, amigo viajero!

## PRIMERA PARTE

Rumbo al norte

¿Adónde el camino irá?

*ANTONIO MACHADO*

## 1

## Un día para partir

Se cerraba el mes de enero del año 2008 cuando llegamos a Kenia y el país ardía en luchas intestinas. La razón no era otra que los resultados oficiales de las elecciones, celebradas a finales de diciembre de 2007, que la oposición y los observadores internacionales no dudaban en calificar de fraudulentas. Había ganado el partido en el poder del presidente Mwasi Kibaki, instalado en la cúpula del Estado desde años atrás, en tanto que el emergente partido del señor Raila Odinga reclamaba que les habían birlado al menos un millón de votos en el recuento de las papeletas electorales, suficientes para haberles dado una victoria holgada. Durante los disturbios que habían seguido al anuncio del triunfo de Kibaki, la cifra de muertos había superado ya el millar.

No era una protesta de ira temporal la que ensangrentaba Kenia en esos días, sino que el asunto venía de lejos. Desde la independencia de Gran Bretaña, lograda en 1963 tras una violenta guerra, la etnia kikuyu —mayoritaria en Kenia, aunque no alcance mucho más allá del veinte por ciento de la población— había disfrutado del poder absoluto sin interrupción alguna. Y en un país en el que conviven numerosas etnias y donde se dice que el poder es «una va-

ca lechera que ordeñan sólo quienes lo disfrutan», todas las otras etnias llevaban décadas haciendo de tripas corazón y echando las muelas. Frente al kikuyu Kibaki, su rival Odinga había alzado una coalición de grupos étnicos, principalmente kalenjín y luó.

Los disturbios, los *troubles*, como los llamaban los periódicos kenianos, tomaron de inmediato un carácter extremadamente violento en la región de Nakuru y en las orillas orientales del lago Victoria. También en Nairobi, la capital del país, se producían conflictos en algunos de los arrabales más pobres, en particular en el de Kabega, que albergaba a una población inmigrante en su mayoría luó.

Como sucede siempre en estos casos, el turismo se esfumó de la noche a la mañana de Kenia. Se largaron a toda prisa quienes andaban de safari por los parques naturales, se suspendieron centenares de viajes ya contratados desde Europa o Estados Unidos y no había rastro de blancos por las ciudades, campings, hoteles y refugios de todo el país. Pero no sólo se esfumaron los turistas occidentales, sino que los blancos kenianos —una población que se acerca a las setenta mil almas— echaron el cerrojo a sus casas y se confinaron en sus barrios de élite, bien protegidos por vallas coronadas por alambre de púas, verjas electrificadas y guardianes armados, temerosos de que las multitudes de negros airados aprovecharan el furor político para hacer caja con la rica minoría blanca.

Nuestro grupo decidió viajar de todos modos a Kenia, pese a los consejos de los amigos y los ruegos de los familiares. Por una parte, pensábamos que, si los conflictos estaban localizados en el centro y el oeste, no habría muchos problemas en el norte, la zona que habíamos elegido para nuestro viaje. Y por otra, que la presencia policial en las calles se redoblaría, lo que tendría el efecto de aumentar la seguridad para los extranjeros. Acertamos. Mientras en Naisvasa, Nakuru, Kitale, Kisumu y algunos barrios pobres de la capital, las etnias se enfrentaban a machete y flechazos y

la policía reprimía a tiro limpio a los revoltosos, nosotros no escuchamos un solo disparo, encontramos a casi toda hora sonrisas en nuestro camino y no vimos un blanco en todo el viaje. Incluso en Nairobi, una de las ciudades de África que registran un mayor índice de delincuencia, se podía pasear de noche con la misma seguridad que lo harías en el pasillo de tu casa: calculo que había en sus calles, por esas fechas, al menos diez policías por cada hipotético ladrón.

Conformábamos el grupo seis personas: Juanra Morales, con quien había viajado al Yukon años antes y que, por su oficio de guía, se había ocupado de organizar desde España todas las cuestiones de equipo, transporte y manutención: la logística, en suma; mi hijo Ismael; su amigo Paulino de la Fuente, un chaval estupendo de profesión guardia forestal; Edu Martínez, un psiquiatra vizcaíno tan inteligente como divertido; un empresario madrileño de nombre Roberto, y yo. Íbamos bien pertrechados de salud y ciencia, porque Edu llevaba consigo un completísimo botiquín, en tanto que Ismael era y es un buen conocedor de la fauna africana y Paulino tenía y tiene dilatados saberes en asuntos de flora.

Al desembarcar en Nairobi, un martes a media mañana, el olor de África me llenó los pulmones de aromas infantiles.

El día era muy luminoso, con un sol vehemente instalado en los altos del cielo. Hacía calor, pero el aire corría fresco a la sombra de los árboles y de los soportales. Así es casi todo el año el saludable clima de Nairobi: como hecho a la medida humana, tan cercano a la línea del Ecuador y a una altura de 1800 metros sobre el nivel del mar.

Nuestro hombre en Kenia se llamaba Carls y nos esperaba en el mismo hall del aeropuerto, junto con su lugarteniente Patrick. Juanra Morales había contactado con Carls, a quien conocía desde hacía años, para conseguir los co-